

Zarima y Osaní

(Leyenda de Borinquen)

Juan Francisco Comas (1837-1903)

Los dos amantes felices descansan al abrigo del bosque; el viento de repente gime en la espesura, y Osaní despierta del sopor en que yacía. La Luna ha derramado al través de las hojas su tenue luz sobre el semblante de Zarima: Osaní estático la contempla por un momento; ve que su pecho se conmueve a la influencia de una ilusión misteriosa, y deposita en sus labios un ósculo de paz, creyendo volver así al seno de su querida la calma que le niegan los espíritus invisibles del sueño.

–¿Qué fantasma engañoso viene a turbarte?– dice con acento más dulce que el arrullo de la tórtola en los parajes solitarios; –¿deliras acaso con la imagen de tu entrañable amigo? ¡Ah! Sí; esta es la causa de tu agitación; pero no temas en ella que falte a la fe de mis prometidos votos. Tú eres más hermosa que las nereidas del mar cuando salen en coro a entonar sus cantigas sobre las rocas de Borinquen; su voz no es tan melodiosa como la tuya cuando me confiesas la pasión que te inspiro. Y yo también te amo como al Sol de nuestras llanuras. De este modo exclama el joven cazador; pero sus palabras han penetrado en los oídos de Zarima, que abre sus ojos, buscando los de su amante.

–Eres tú?– murmura llena de pavor; –¡ah! no te separes de mí. ¡Si supieras lo que ahora soñaba Osaní mío! El cacique Jaureyvo¹, ese

¹ Para no molestar la atención del lector con notas prolijas y minuciosas, le dirijo a los capítulos 9 y 15 de la *Historia Geográfica, civil y política de la Isla de Puerto Rico*, escrita por el Sr. D. Íñigo Abbad en los cuales encontrará todos los pormenores relativos a los asaltos, crueldades y muerte del Cacique Jaureyvo. (Nota del autor.)

monstruo que con sus piraguas invasoras ha sorprendido las apacibles deidades de nuestras playas, y hoy siembra la desolación y el espanto en los contornos de Yagüeca²; ese monstruo, Osaní mío, pretendía separarme de tus brazos y estrecharme en los suyos. Tú, inflamado de cólera, quisiste defenderme; pero más diestro que tú, el jefe de esa raza enemiga³ traspasó tu corazón con su flecha.

–Sueños, Zarima, que se disiparán como la niebla de los lagos a los primeros resplandores del nuevo día.

–Sueños serán, Osaní, pero no te apartes de mi lado. Si es verdad que me adoras, huyamos de estos lugares, y condúceme a la sabana.

–¡Huir, Zarima mía! ¿Tú no sabes que los guerreros jamás huyen? ¿No tengo aquí mis armas? ¿Desconfías acaso de mi valor? Además el Cacique no ha podido seguir nuestras huellas, y reposará tranquilo en algún caney⁴ ignorado: en nuestra choza el ardor nos consume, y aquí respiramos el aire de la vida. Ven; la noche nos llama a gozar de sus encantos en estos recónditos albergues.

Trémula como la gota de rocío que la ninfa de los valles deposita en el cáliz de las flores al indeciso crepúsculo de la aurora; así Zarima se abandona a la voluntad de su inflexible dueño. ¡Pobre ondina del Guaurabo!⁵ ¡Ojalá que su corazón presintiera como el tuyo las funestas consecuencias de su temeraria confianza! ¡Ojalá que el Cemí⁶ pudiera mostrarle los oscuros secretos de su divinidad!

Apenas los sueños descendieron del reino de las sombras para cerrar de nuevo los párpados de ambos salvajes y ceñirles la frente de adormideras; cuando oyeron una voz que saliendo de la profundidad del bosque, modulaba el mágico nombre de Zarima... Zarima asustada se arroja a los brazos de Osaní: Osaní estrecha a Zarima.

–¡Zarima! ¡Zarima!, repite ya más cercana la voz misteriosa; y un espectro atrevido profana de repente aquel santuario del amor.

² Hoy Añasco. (Nota del autor.)

³ Los caribes. (Nota del autor.)

⁴ Habitación o casa. (Nota del autor.)

⁵ El río de Añasco. (Nota del autor.)

⁶ Ídolo de los indios de Puerto-Rico. (Nota del autor.)

–¡Zarima!– continúa diciendo –¡cuán hermosa eres!

–¿Quién eres tú? –gritó al instante Osaní furioso, desprendiéndose de Zarima, y arrojándose sobre el desconocido.

–¿No lo adivinas? –respondió inmóvil la sombra–soy el que tantos collares ha arrancado en combate singular a tu cacique Broyoan; soy el que ha obtenido cien victorias contra el mismo Agueinaba; soy...

Al eco de un nombre fatídico se estremecieron las selvas, y una visión horrorosa cruzó por la mente de los amantes.

–Aléjate –añadió el bárbaro con imperio–obedece las órdenes que te impongo, si no quieres que el casco de tu cabeza me sirva mañana para libar en los banquetes el néctar de las palmeras. Aléjate: renuncia al amor de Zarima; Zarima será mía.

–¡Primero la muerte! –volvió a gritar Osaní, montando su arco–
¡Desgraciado!

Antes que sus palabras resonaran en el espacio, el Caribe traspasó con un dardo el indefenso pecho del irritado cazador.

–Ahora –exclamó dando una carcajada infernal y volando al encuentro de Zarima– ahora que me impida gozar de tu hermosura.

Zarima, veloz como el rayo, arranca el arma homicida del pecho de su amante moribundo, y la hunde en su seno. Su punta envenenada derramó por todas sus venas una ponzoña activa, y brotando su sangre corrió a mezclarse con la sangre de Osaní. No de otra manera dos árboles hermanos, ricos en jugo, confunden la savia que los sustentaba, si el leñador al derribarlos hacina sus despojos inadvertidamente.

Ya en las últimas convulsiones de su agonía, Osaní dijo:

–Gracias, Zarima, tu sueño se ha verificado, perdóname... Tú, oh monstruo, solemniza con nuestros funerales la bárbara pasión que te devora: báñate en nuestra sangre si te place; pero los encantos de Zarima... ¿lo ves?... son míos hasta en la muerte.

Zarima y Osaní espieron unidos, y sus almas volaron a la región de los inmortales. El genio del mal sonrióse de su triunfo, y las vírgenes de amor lloraron en silencio.

La Luna que hasta entonces había resplandecido inútilmente en la serena inmensidad de los cielos, vióse con un manto de nubes, y bajó melancólica y triste a ocultarse detrás de las vecinas montañas, como temiendo ver por más tiempo aquella escena desastrosa. Reinó una

oscuridad profunda, cesaron las indefinibles armonías del desierto; levantóse un murmullo confuso, y el ave de los sepulcros dejó por intervalos oír sus penetrantes aullidos. Jaureyvo horrorizado huyó de aquellos sitios, llevando sobre su frente una mancha roja, eterno símbolo de su crimen. Devorado su corazón por las víboras del remordimiento, buscaba en vano la alegría en los brazos de sus nuevas mujeres y el sosiego en la contemplación de esa naturaleza tropical. Estos objetos no inspiran sensaciones agradables sino a los que abrigan un alma generosa y buena; pero son el más horrible sarcasmo para los perversos. El dios de la guerra se cuidó de terminar el suplicio en que vivía, y pereció en el combate naval que temerariamente sostuvo contra los hispanos en las aguas que bañan la pequeña Isla donde se ostenta el risueño Jaloba.⁷

Aquella raza primitiva se ha extinguido: ha pasado también con ella el recuerdo de esta historia; pero me atreví a evocar las deidades del misterio, y ellas me la contaron una noche, al fulgor de las estrellas, vertiendo lágrimas de amarguras, y lanzando a los aires dolorosísimas quejas.

Julio de 1859⁸

⁷ Cerro notable de la Isla de Vieques, a la cual me refiero. (Nota del autor.)

⁸ Juan Francisco Comas, *Almanaque y Aguinaldo de la Isla de Puerto Rico* para 1863, San Juan, Imprenta de Acosta, 1862; pp. 103-107.